

Palacio Borbón y llevaron su dimisión al presidente de la República.

Tres semanas antes de esta lamentable sesión, el 29 de abril, en la apertura de la Exposición de Lyon, el presidente del Consejo, firme en la homogeneidad de su gabinete y en la confianza creciente de la Cámara, había pronunciado un notable discurso, diciendo con soberana claridad, en fórmulas de una feliz concisión y de un estilo casi lapidario, las condiciones con las cuales comprendía el ejercicio del poder. No citaremos de este discurso más que la enumeración de las reformas realizadas ó proyectadas por un ministerio que no había durado seis meses.

Los proyectos militares del general Mercier aumentan sin gastos considerables la fuerza defensiva del país.

Los derechos de sucesión no debían ya percibirse sino sobre el activo neto de las herencias y se había sometido al Parlamento un proyecto de disminución de derechos sobre las ventas de inmuebles y un proyecto de organización de seguros agrícolas.

Se habían propuesto reformas en la legislación de las bebidas alcohólicas y en el Código de actuación, y los presupuestos, preparados por Burdeau, abundaban en medidas ingeniosas y sabias.

De haber continuado el ministerio Perier en el poder, quizá se hubiera evitado la tragedia del 24 de junio y los hombres que constituían el gabinete hubieran podido asegurar la defensa social, sin menoscabo de ninguna de las libertades que son la razón de ser de la República, asegurar el pacífico funcionamiento del parlamentarismo en una gran democracia y asegurar sobre todo á los humildes y á los desheredados de la fortuna las satisfacciones y el bienestar á que tienen derecho, sin menoscabo de los grandes principios de la Revolución francesa.

IX

El gabinete Casimir-Perier había sido derribado por los radicales y por la derecha parlamentaria. Como no había que pensar en amalgamar elementos tan distintos, ni en dar entrada en un ministerio republicano á socialistas revolucionarios, el presidente tuvo que apelar á los radicales. Peytral y Brissón, llamados al Elíseo, consideraban posible la formación de un gabinete de concentración, en el cual los radicales estuviesen en mayoría, y creían que Bourgeois era el más indicado para realizar esta combinación. Pero Bourgeois se negó obstinadamente á formar el ministerio que de él se esperaba. El presidente acudió de nuevo á Carlos Dupuy, que era de su agrado y le había sacado de apuros el año anterior. Dupuy, que poseía la confianza de la mayoría que le había elegido presidente de la Cámara, hizo el sacrificio de abandonar esta tranquila presidencia para volver á su puesto de combate. Con su decisión habitual, pronto hubo formado nuevo gabinete. Él volvió á tomar, con la presidencia del Consejo, la cartera del Interior, agregándole los Cultos, y dió la de Gracia y Justicia á Guérin, la de Hacienda á Poincaré, la de Instrucción Pública y Bellas Artes á Leygues, la de Marina á Félix Faure, la de Guerra al general Mercier, la de Colonias á Delcassé, la de Comercio á Lourties, la

de Agricultura á Viger, la de Obras Públicas á Barthou y la de Negocios Extranjeros á Hanotaux. Era un ministerio casi enteramente moderado, pues en él sólo figuraba un miembro del grupo radical, Viger. Los radicales pusieron el grito en el cielo, pero sus reclamaciones fueron vanas, por cuanto su jefe, Bourgeois, había prometido de antemano su apoyo á la combinación.

La declaración ministerial, corta y sin pretensiones, tuvo mejor acogida en la Cámara que en el Senado, quizá porque esta asamblea sólo estaba representada en el gabinete por dos de sus miembros, menos conocidos que honorables, Guérin y Lourties. Los ministros se presentaban como hombres de buena voluntad, resueltos á asegurar el orden público contra todas las agitaciones, y dispuestos á mejorar la suerte de los trabajadores. Entre las reformas sociales, el gabinete daba la preferencia á la reforma fiscal y terminaba el documento asegurando toda su solicitud á los vicultores.

Apenas constituido el ministerio, el general Mercier tuvo que contestar á una embarazosa pregunta del general Riu, diputado radical. En una información sobre el desarme, el *Figaro* había dado la opinión de un comandante de cuerpo de ejército que no nombraba, pero á quien designó todo el mundo: era el general Galliffet. El ministro afirmó que ningún comandante de cuerpo de ejército había proferido las palabras que se le atribuían, y se dió por terminado el incidente.

En substitución de Carlos Dupuy, la Cámara eligió presidente á Casimir-Perier por 227 votos contra 187 que obtuvo León Bourgeois, candidato de los radicales. A pesar de esta derrota, los *leaders* del partido radical, Goblet y Pelletán, quisieron interpelar al gabinete sobre su formación, sosteniendo que ésta no había sido constitucional. Para que lo fuese, ¿se debía formar un ministerio compuesto de hombres pertenecientes á todos los grupos que se habían coaligado el 22 de mayo? La Cámara no lo estimó así, puesto que contestó á la interpelación con un voto de confianza.

Las demás discusiones interesantes que se entablaron en la Cámara en el mes de junio, fueron relativas á las cajas de retiro de mineros, á la revisión de la ley de 1884 sobre los Sindicatos profesionales, á la actitud política de los profesores de enseñanza y al límite de garantía de interés por el Estado para las obligaciones de ferrocarriles. La ley relativa á las cajas de retiro de mineros fué promulgada el 9 de junio. La proyectada reforma de la ley sobre sindicatos profesionales, después de una larga discusión, fué aplazada. La discusión de la garantía por el Estado á las compañías de ferrocarriles fijó el término de esta garantía en 31 de diciembre de 1904, pero la cuestión no quedó resuelta, pues había de determinar, al reproducirse más tarde en la Cámara, accidentes ministeriales y una dimisión presidencial.

El mayor éxito tribunicio lo obtuvo, en 7 de junio, el ministro de Negocios Extranjeros, Sr. Hanotaux, con la lectura de una Memoria histórica, en contestación á la interpelación de los Sres. Etienne y Deloncle sobre la situación de Francia en Africa. Los interpelantes creían que los tratados firmados por Inglaterra con el rey de Italia y con el soberano del Estado independiente del Congo perjudicaban á los intereses de Francia en Africa. Sobre este tema se explicó Hanotaux. El acta

general de Berlín, de 22 de febrero de 1885, domina todo el derecho internacional africano y concede á Francia el derecho de interesarse en todo lo que pasa en los territorios reservados á la Asociación internacional africana, que administra el Estado independiente del Congo; pues bien, el tratado anglo-congolés de 12 de mayo no respetó las condiciones de existencia de la Asociación del Congo en el valle del Congo, como no respetó la integridad del imperio otomano en el valle del Nilo. Respecto á la vecindad de las posesiones francesas y de las posesiones congoleas en Africa, Hanotaux repitió que, en virtud de un convenio de 1887 con Bruselas, la acción política de Francia y del Congo debían estar separadas por el Ubangui y por el cuarto paralelo. En 1890 se supo que los agentes del Estado independiente, atraídos por la caza del marfil, habían pasado el Ubangui y el cuarto paralelo. Estas incursiones se renovaron varias veces, y el anterior ministro, Casimir-Perier, había aceptado un arbitraje, cuando se tuvo noticia del convenio del 12 de mayo. Este convenio incita al gobierno francés, sin esperar el arbitraje, á tomar medidas conservadoras y á enviar sobre el terreno al oficial comandante del alto Ubangui. Hanotaux termina diciendo que si la Cámara le proporciona los medios, el gobierno asegurará, en aquellas remotas regiones, reservas de porvenir á los destinos de Francia.

La Cámara votó por unanimidad una orden del día aprobando las declaraciones del gobierno que sabría hacer respetar los derechos de la nación francesa.

En 9 de julio, el ministro de Colonias, respondiendo al llamamiento del ministro de Relaciones Extranjeras, presentó una petición de crédito de 1.800.000 francos para la protección de los intereses franceses en Africa, y la Cámara lo otorgó con entusiasmo.

El día antes, el Senado había adoptado una proposición encaminada á celebrar anualmente en Francia la fiesta de Juana de Arco, el segundo domingo de mayo, aniversario de la liberación de Orleans, y á erigir un monumento en honor de aquella heroína y mártir del patriotismo en la plaza de Ruán donde fué quemada viva. El proyecto no pasó de una proposición votada por una sola asamblea. En la discusión habían pronunciado elocuentísimos discursos favorables al proyecto los Sres. José Faure y Carlos Dupuy. En la labor legislativa del Senado, justo es señalar el estudio de la cuestión relativa á las habitaciones económicas, el voto favorable al saneamiento del Sena y de París y á la creación de las cajas de retiro de mineros.

Tal era la situación en Francia, tranquila en el interior y en el exterior respetada, cuando Carnot salió de París, el 23 de junio, acompañado de Carlos Dupuy, del general Boriús y del Sr. Tranchau, para cumplir la promesa hecha á los lioneses de ir á visitar su Exposición.

En Dijón, donde el tren presidencial se detiene cinco minutos, Carnot encuentra á su hijo mayor, teniente de infantería, á su yerno, el Sr. Cunisset-Carnot, y á su hija con los hijos de estos dos. Llega á Lyon aquella misma tarde, y después de haber recibido á los funcionarios en la Casa Consistorial, se va á la Prefectura. El día del domingo es consagrado á nuevas recepciones, á visitar hospitales y la Exposición y á un banquete que el Municipio ofrece al presidente de la República en el

Palacio de la Bolsa. En su contestación al brindis del alcalde, Sr. Gailletón, Carnot recuerda que, al principio de su presidencia, en 1888, visitó la ciudad, con la cual contrajo una deuda de gratitud que ahora viene á pagar, antes de llegar al término de la misión que le había sido confiada por los representantes del país. Sabíase, en efecto, que Carnot no aspiraba á ser reelegido para un cargo aceptado en un momento crítico para la República. El presidente termina su discurso con un elocuente llamamiento á la concordia en nombre de esa patria, que necesita la unión de todos sus hijos para «la marcha incesante hacia el progreso y la justicia de que tiene que dar ejemplo al mundo.»

Del Palacio de la Bolsa al teatro, donde Carnot ha de aparecer un instante, no hay más que unos cuantos



Cornelio Herz

pasos. El presidente quiere hacer el trayecto á pie; Gailletón, confidencialmente enterado por la señora de Carnot de que éste se halla cansado, insiste en que suba á un landó muy bajo: Carnot toma asiento en él con el alcalde y los generales Boriús y Voisin. El landó se pone en marcha lentamente, en medio de una muchedumbre compacta que aclama al jefe del Estado y que los jinetes de la escolta no tratan siquiera de apartar; por otra parte, Carnot ordena al jinete que marcha á su derecha y le impide ver al gentío, que se aparte un poco hacia atrás. En aquel momento, se acerca un hombre al coche y sube rápidamente al estribo, llevando en la mano un papel que parece un memorial; este papel oculta un puñal que el asesino, con mano experta, clava violentamente en el costado de Carnot. «Me han herido,» dice éste en voz baja, y un chorro de sangre tiñe la pechera de su camisa, mientras él se desploma en el coche.

El landó deja la calle de la República, donde acaba de ocurrir el drama, y el galope de sus caballos se dirige á la Prefectura, donde el presidente sucumbe al cabo de tres horas, el lunes 25 de junio, treinta y cinco minutos después de media noche. Su primo hermano, Siméon Carnot, y su hermana, varios médicos, muchos periodistas, los diputados y senadores del Ródano, el arzobispo de Lyon, monseñor Coullié, que le administró la extremaunción, el alcalde, el prefecto, las principales autoridades y el presidente del Consejo asistieron á sus últimos instantes. Carnot se extinguió lenta-

mente, con una calma y una resignación heroica, sin queja ni recriminación alguna. La autopsia, practicada el mismo día 25, á las dos de la tarde, reveló que el puñal había producido en el hígado una herida de 11 á 12 centímetros de profundidad, abriendo en dos puntos la vena porta. La herida era fatalmente mortal y Carnot debió á la operación hecha por los doctores Poncet y Ollier el haber sobrevivido tres horas al atentado.

El asesino, Caserio Santo, no había cumplido veinticinco años todavía. Era panadero, alardeaba de anarquista y tal vez quiso vengar á Vaillant, á Ravachol y á Henry. Murió sin valor y apenas tuvo la sangre fría necesaria para gritar por última vez en el patíbulo: «¡Viva la anarquía!»

El presidente del Consejo salió de Lyon, donde reinaba una agitación muy alarmante, momentos después de la muerte del presidente de la República, y llegó á París el 25 por la mañana. Comunicó el trágico suceso á los presidentes de ambas Cámaras por medio de una carta en que elogiaba al servidor leal, al ciudadano íntegro que había llevado con fidelidad y honor la bandera nacional. Casimir-Perier contestó que el presidente había caído en el campo del honor, cumpliendo sus deberes constitucionales, y añadió que su vida, consagrada á la patria y á la República, era una enseñanza y un ejemplo. En el Senado, Challeml-Lacour habló, casi en los mismo términos, del excelente ciudadano que había desempeñado con tanta dignidad y con una corrección tan perfecta la primera magistratura de la República.

Las dos Cámaras votaron casi por unanimidad las exequias nacionales propuestas por el gobierno y la sepultura en el Panteón. La ceremonia fué señalada para

el 1.º de julio. Antes había de celebrarse en Versalles la reunión del Congreso.

La emoción causada en Francia, en Europa y en todo el mundo por el crimen de Caserio, fué inmensa, y el gobierno francés recibió innumerables testimonios de indignación y de protesta.

El entierro de Carnot fué una conmovedora manifestación, en la que estuvo representada Francia entera y que quiso presidir el nuevo presidente de la República, á pesar de oponerse á ello la etiqueta. En el Panteón pronunciaron discursos necrológicos los Sres. Dupuy, Challeml-Lacour, Mahy y el general André, éste último en nombre de la Escuela Politécnica, á que había pertenecido Carnot.

Cada uno de los oradores trazó un retrato perfectamente parecido del ilustre difunto. Sin insistir nosotros sobre los méritos de Carnot, indicaremos brevemente la manera con que éste comprendió su misión. Quizá se mantuvo demasiado neutral, demasiado impasible en medio de los partidos desencadenados; pero es digno de elogio por la franqueza de su actitud en presencia de los poderes públicos y por su alta dignidad en presencia de Europa y del mundo entero. Infatigable, á pesar de su delicada salud, multiplicaba los viajes, porque sabía muy bien que á Francia le gusta hallarse en contacto frecuente con los que la representan. Desdénoso de una rancia etiqueta, suprimía, en lo posible, las barreras que le separaban del pueblo, de aquella multitud de humildes y desheredados que amaba por tradición de familia, por educación y por natural instinto. Figura original, de una gravedad algo triste que atenuaba la dulzura de la mirada, Carnot ocupa un puesto eminente en la galería de los presidentes de la tercera República.

LIBRO QUINTO Y ÚLTIMO

LAS PRESIDENCIAS DE CASIMIR-PERIER, FÉLIX FAURE Y LOUBET

SUMARIO: I. - Elección de Casimir-Perier. - Impopularidad del nuevo Presidente. - Su dimisión precipitada. - Degradación del capitán Dreyfus. - Motivos de la dimisión de Casimir-Perier. II. - Elección de Félix Faure. - Nuevo ministerio Ribot. - Ministerio León Bourgeois. - Dos políticas opuestas. - Los ferrocarriles del Sur. - El gabinete Méline. - El emperador de Rusia en Francia. - Félix Faure en Rusia. - El emperador de Rusia y el presidente de la República francesa proclaman solemnemente la alianza de ambas naciones. III. - Revisión del proceso Dreyfus. - Emilio Zola y su carta acusadora. - Dreyfusistas y anti-dreyfusistas. - La Liga de los derechos del hombre y la Liga de la patria francesa. - Muerte repentina de Félix Faure. IV. - Elección de Emilio Loubet. - El partido nacionalista. - Nuevo proceso Dreyfus. - La cuestión de Anteuil. - El fuerte Chabrol. - Deroulé y sus amigos ante el Alto Tribunal de justicia. - Tregua de partidos durante la Exposición de 1900. - Dificultades en el exterior. - Los boxers de Pekín y las legaciones europeas. - La Exposición de París. V. - Viaje de Loubet á Niza y á Tolón. - Recepción de los soberanos rusos en Francia. - El ministerio Waldeck-Rousseau y su obra. El ministerio Combes y las congregaciones. - Viajes del presidente de la República á Rusia, Argel y Túnez. VI. - Eduardo VII, Víctor Manuel III y Sidi-Mahomet en París. - Visitas del presidente de la República á los soberanos de Inglaterra y de Italia. - Ministerio Rouvier. - Política exterior de Francia desde 1898 hasta 1905. - El rey de España en París. - La cuestión de Marruecos. - La «inteligencia cordial» entre Inglaterra y Francia. - Desarrollo de las ideas de libertad, de concordia y de justicia bajo la Tercera República.

I

El 27 de junio de 1894, bajo la presidencia de Challeml-Lacour, presidente del Senado, las dos Cámaras se reunieron en Congreso, en Versailles, para designar al sucesor de Sidi Carnot en la presidencia de la República. Casimir-Perier fué elegido por 451 votos contra 195 concedidos á Enrique Brissón y 97 á Carlos Dupuy.

La elección de Casimir-Perier hizo concebir grandes esperanzas, fundadas en sus antecedentes políticos y en la eminente notoriedad de su familia.

Hijo y nieto de ministros, como anteriormente hemos dicho, heredero de un nombre íntimamente ligado con la historia contemporánea de Francia, Juan Casimiro Perier mostróse, desde la juventud, digno continuador de las tradiciones de su linaje, con su conducta privada y con su parte activa en la consolidación de la República. Condecorado con la Legión de honor á los veintitrés años, por hecho de armas en el combate de Bagneux en 1870, fué sucesivamente jefe del gabinete de su padre, ministro del Interior y consejero general del Aube. Diputado en 1876 y reelegido en 1877 contra el candidato del mariscal Mac-Mahón, desempeñó uno tras otro los cargos de subsecretario de Instrucción Pública y de Guerra y presidente de la Cámara de diputados, y, en esas múltiples funciones, supo siempre hacer apreciar su rectitud de espíritu, la lealtad de su carácter y su perfecta corrección.

Pero esta frase del mensaje del nuevo presidente de la República dió lugar á una interpretación equívoca: «Penetrado del sentimiento de mi responsabilidad, decía el presidente, tendré el deber de no dejar que se desconozcan ni que prescriban los derechos que la Constitución me confiere.»

TOMO XII

Organizóse contra él una violentísima campaña de prensa que le impidió conquistar la popularidad de su antecesor.

El 5 de noviembre, el Sr. Gerault-Richard fué citado ante la audiencia del Sena por un artículo del *Chambard* titulado: *¡Abajo Casimir!* Fué defendido por su amigo Jaurés, el cual, por toda defensa, hizo el proceso de la familia Perier y de la sociedad capitalista. Gerault-Richard fué condenado á un año de prisión y 3.000 francos de multa.

Este fallo no hizo más que excitar y exasperar á los periódicos hostiles á Casimir-Perier. Ante aquella cruzada, el nuevo presidente no creyó deber oponer la fría placidez, la flemma imperturbable, la invencible serenidad de que Sadi-Carnot le había legado el ejemplo; considerándose como prisionero en el palacio del Elíseo, desde entonces no tuvo más deseo que el de salir de aquella prisión para volver á la vida privada.

Sabido es que á fines de 1894, Alfredo Dreyfus, perteneciente á una familia israelita y alsaciana, antiguo alumno de la Escuela Politécnica y capitán de artillería destacado en el primer negociado del Estado mayor del ejército, fué acusado de haber entregado á una potencia extranjera documentos relativos á la defensa nacional. La opinión pública se preguntó en vano cuál había podido ser el móvil de tan infame traición. Poseedor de una fortuna personal, el capitán Dreyfus era casado y padre de familia. Sin embargo, los jueces del consejo de guerra (12-22 de diciembre), reunidos á puerta cerrada, le declararon culpable por unanimidad y le enviaron á un recinto fortificado, después de haberle infligido la pena de la degradación militar.

Este asunto acarreó dificultades diplomáticas con Alemania, del orden más delicado, y Casimir-Perier